

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



SUSCRICION

Semestre... 3 Ptas.
Año... 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDELLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. 23

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 10 Febrero 1887

Año I

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cént. de peseta

Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

MUJERES

Preguntaba un rústico á un cura:—Dígame V. padre, para qué habrá criado Dios á los mosquitos? que yo paso las mas noches desvelado pensándolo, y no lo puedo acertar.—Pues, hijo, para eso: contestó el sacerdote.

¿Para qué habrá criado Dios á las mujeres, que me vuelvo tarumba pensándolo y tampoco lo puedo acertar! Eso me digo, y como el cura del cuento me contestó: Pues amiguito, para esto mismo las crió, para volvernos tarumbas. Y no podía ser para otra cosa. Si registramos la historia de los acontecimientos humanos, desde el Génesis hasta la Correspondencia de España, veremos siempre la mujer causante de los malos ratos que sufre el hombre.

¿Quién es ella? preguntaba ante todo aquel Juez siempre que se encontraba con algún acusado. Y no andaba del todo descaminado el hombre. Porque ella será más ó menos blanca, rubia, ó morena, alta ó chica, jóven ó vieja, pero al fin ella es la que hace que aquel empleado se alce con los fondos de la tesorería, que aquel magistrado prevarique, que aquel abate ande convertido en tarro de pomadas, que aquel militar conspire, que aquel estudiante salga calabaceado una vez cada año, y que aquel hortera se arroje de cabeza al mar.

Sentadas estas premisas ocurre pensar si hubiera sido preferible constituir la humanidad sin esa parte débil llamada mujer. Por de pronto la cabeza se inclina á opinar afirmativamente considerando que mundo sin mujer sería cárcel sin cadenas ni rejas, pero el corazón al galope le sale al encuentro gritando ¡no! porque juzga que mundo sin mujer sería noche sin estrellas. Entre tan diversos pareceres á favor de cada cual batallan poderosas razones, uno no sabe que partido tomar, y aunque por lo regular el ánimo por la fuerza del egoismo propende á votar con la cabeza, basta oír el crujir de una falda, ó ver el chapín que encierra monísimo pié, para dar al traste con los argumentos, y pasarse al campo del corazón con toda suerte de bagajes. Y crujen tantas faldas, y se ven tan lindas botitas!

¡Pero qué botitas! Ayer sin ir más lejos encontré á mi amigo Prudencio, el cual siendo de natural cachazudo, iba como si diablos le tirasen del copete.—¿Pero chico donde vas de esta manera? le dije yo. ¿Persigues algún acreedor?

—¡Calla! Ando tras unas botitas que se me escapan. ¿Ves? aquella muchacha las lleva... ¡Pero qué botitas, hijo, qué botitas! Les he visto, y te digo que son sublimes.

Y el pobre se disparó dejándome bizco de sorpresa. Más lo peor del caso fué que al atravesar el arroyo para no perder la pista que seguía, le alcanzó un simón de plaza magullándole un muslo, por lo cual el pobre Prudencio tuvo, entre ayes y suspiros, que ser llevado á una farmacia para que le echasen bizmas dejándole más fajado que momia faraónica.

Cuando uno ve estas cosas, la piel se le pone de gallina, y le entran tentaciones de pedir á Von Herr—(alemán tenía que ser) que le permita colaborar en su diario, que es un periódico que se publica en Viena destinado exclusivamente á escribir pestes de las mujeres poniéndolas como ropa de Pascua sin respeto á fuero.

Pero luego vuelve á crujir el vestido, ó vuelve á asomar la punta de la achoralada botita, y ¡dios filosófico! por más Prudencios que seamos corremos tras el hermoso encanto á riesgo de que otro simón nos pille entre sus ruedas.

¿Qué le hemos de hacer, si somos así?

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campaña

(Conclusión)

Me fió ese pliego con el triste encargo de que apenas cerrase ella los ojos se lo entregase á V.; pero hace una hora le acometió con fuerza tal trastorno que imaginé se le arrancaba el alma. ¡Aquel piso es tan frío y es tan lóbrego, y sufre la señora tan cruelmente, y yo, tanto en sus ansias me acongojo, que he resuelto, faltando á su confianza entregarle á V. el pliego con propósito de que mi infeliz ama no se muera abandonada allí del mundo todo. ¡Qué desgraciada que es la pobrecita! A su servicio estoy, y la conozco desde que, por salvar de la deshonra á su padre el barón (que en un negocio nombre y caudal jugó) dobló sumisa el cuello al yugo ruin de un matrimonio ridículo y sin fe y la he visto siempre cuando en un rincón de su oratorio.

Hoy, en pago de tanto sacrificio,
se encuentra en el más bárbaro abandono,
huyendo del marqués, á quien dijeron
que un joven una tarde de este otoño
habló con doña Luisa enamorado,
y el marido, encelado como un ogro,
al notar que á sus cinicas preguntas
le contestaba mi ama con sollozos,
ciego de rabia levantó la mano
é hirió inclemente aquel divino rostro.»

Como si sobre el mío cien tenazas
chirriado hubiesen al salir de un horno,
«¡Miserable!»—rugí con voz de trueno,—
al entender el crimen de aquel monstruo.
Lanzando ahullidos fieros, vacilante
la estancia recorrí como un beodo,
buscando con los puños extendidos
algo palpable que rasgar en trozos.
Los proyectos sangrientos de venganza,
las explosiones de blasfemia y de odio
que forjé y proferí, ni Satán mismo,
cuando caído del excelso trono
por vez primera levantó la frente
por sobre el mar de derretido plomo,
los pudo ya igualar: ¡ah! cómo hubiera
querido allí encontrarme sin estorbo
con aquel miserable, para ahogarle,
herir sus carnes, reducirle á polvo,
y, amasado en el charco de su sangre,
formar con él sucio montón de lodo,
y otra vez darle forma, y otra, y luego
repetir mi venganza sin reposo.

El paroxismo de mi hirviente rabia
sólo cesó cuando negóme apoyo
el cuerpo extenuado de fatiga...
al fin caí en estupidez absorto.
—«Cálmese usted y sígame,—me dijo
aquella fiel mujer con triste tono,
y los pasos moví como un sonámbulo,
errante la mirada, el ceño torvo.

XXI

Era la hora en que las sombras
tienden el negro crespón
con que borran del espacio
el postrer rayo de sol.

Muchas calles, muchas plazas
crucé con paso veloz,
siguiendo á mi acompañante
cual perro de su amo en pos.

Al fin subí una escalera,
y entré por un corredor
donde el frío y el silencio
tenían quieta mansión.
Llegamos ante una puerta
de indefinible color,
y al abrirla, la muchacha
con un signo me advirtió
que allí reprimir debía
toda explosión de dolor.

Entramos: un soplo frío
invadió mi corazón
helándome hasta las lágrimas
que en intensísimo hervor
iba agolpando á mis párpados
el volcan de mi pasión.

La muchacha con cautela
á la alcoba se asomó,
y luego hacia mi tornando
me dijo con débil voz:

—Duerme la pobre señora
con sueño reparador,
y en tanto, si V. permite,
en cuatro segundos voy
ahí cerca á buscar la pócima

que ha recetado el doctor.»
Marchóse, y dejéme solo
con mi desesperación.

Cual saltan candentes rocas
de un cráter en erupción,
así horribles pensamientos
pronto en tumulto feroz
de mi cerebro brotaron
en mengua de mi razón.
Y olvidando que la muerte
airada blandía su hoz,
para segar la mas bella
rosa que dorara el Sol,
no pensé sino que estaba
cerca de mi eterno amor,
sin vallas y sin testigos,
que enfrenasen mi pasión,
y creí que desligado
de una pesadilla atroz
me encontraba en aquel tiempo
tan feliz y halagador
en que al abrigo del bosque
donde nuestro amor brotó
iba á soñar cada tarde
con una nueva ilusión.
Entonces, arrebatado
por esta imaginación,
sintiendo hambre de cariño,
y afán de alzar el clamor
que en mi espíritu rujía
sordamente y con furor,
quise, con tentación loca
que el infierno me inspiró,
entrar en aquella alcoba
que era encendido crisol
donde Luisa como Fénix
renacía á mi pasión,
y cogiendo entre mis brazos
al ídolo de mi amor,
llevarlo conmigo á un páramo,
ó á algún ignoto rincón,
donde ignorados del mundo,
y vistos solo de Dios,
sin desatar nuestro abrazo
viviésemos ella y yo.

No se como fué; recuerdo
como un remoto sueño hoy
que me encontré de repente
sin movimiento ni voz,
en el umbral de la estancia
donde moría mi amor.

(Se continuará)

UNA AVENTURA EN UN BAILE DE MASCARAS

Era filósofo, y se llamaba Ignacio: dos circunstancias
que no indican aficiones de trasnochador; y sin embar-
go el reloj de la Catedral había lanzado al aire once
campanadas, y nuestro hombre se paseaba por la Ram-
bla poseído de viva inquietud, sin advertir que los faro-
les de los serenos hacía rato que le miraban con sus ber-
mejás pupilas como asombrados de verle.

Mucho duraba el misterioso paseo, cuando pasó cerca
de Ignacio un carruaje del que salieron cuatro revolto-
sas mascaritas que, ágiles como ardillas, penetraron en
el Gran Teatro del Liceo.

Nuestro filósofo que lo notó, corrió tras ellas, y como
le fuese imposible alcanzarlas, dirigióse á la taquilla en
un arranque de desesperación, adquirió un billete, y con
él entró en el local donde se celebraba el último baile
de la temporada.

Cualquiera que se hubiese fijado en aquel hombre
que cruzaba el vestíbulo con ademán grave y rostro ta-



MAJAS Y MAJOS

Ayuntamiento de Madrid

citurno lo hubiera tomado por un marido engañado por un amante celoso: pero si hubiese sabido que el tal sujeto era filósofo, y se llamaba Ignacio, y por consiguiente que se conservaba célibe y desconocedor de las ansias amorosas, de seguro que hubiéra temblado imaginándose que iba á acontecer alguna catástrofe.

Acabábase de bailar una estrepitosa polka cuando Ignacio puso el pié en el salón. Al gemir de los violines y al roncarse de los timbales, había sucedido el rumor de las conversaciones, los chasquidos de las carcajadas, las agudas notas de los gritos, lo cual unido al crujido de los vestidos, y al incesante movimiento de cuatro ó cinco mil piés, formaba algo parecido al tumultuoso rodar de alborotadas olas en los huecos de profunda gruta.

Las luces con profusión esparcidas á manera de guirnalda de estrellas herían los cristales de las arañas, los dorados de los palcos y las joyas de las máscaras, arrancando fulgores y centelleos que daban al salón aspecto de ramillete de fuegos artificiales.

Pero todo esto pasaba inadvertido por Ignacio, quien recibía sin pestañear aquellas oleadas de rumores, de luces y de carne humana, como reciben las esfinges egipcias la lluvia de fuego y arena en la soledad del desierto.

Momia, gerifalte embalsamado, cornucopia, fantasmón, y otras mil lindezas salpicadas de atrevidas pullas le dirigieron las máscaras que le veían plantado en un rincón del teatro; algunas al descuido le dieron tal cual pisotón para hacerle salir de su mutismo, y no saltó quien le tirase del brazo y le llamase hermoso, proponiéndole comer un plato de jamón dulce en amable soledad.

Pero Ignacio resistía impertérrito estas acometidas, como si las hubiesen dirigido á la estatua del Comendador.

La orquesta lanzó al aire sonoras vibraciones, y la multitud se agitó con nervioso estremecimiento. Enlazáronse cien y cien parejas las cuales empezaron á correr como un torbellino de gasas de flores, de plumas y de oro por delante los ojos de nuestro imperturbable filósofo. Nadie hubiese dicho de él que fuese de carne y hueso, según mantenía ríjido su semblante en medio aquel desbordamiento de alegría.

Y así pasó media hora, y otra media, y al schotisch sucedió el wals, y al wals el galop, é Ignacio siempre firme en su puesto, siempre mudo, siempre grave.

¿Qué pensamiento le había llevado allí? ¿Imaginaba alguna venganza? ¿Se había vuelto loco? ¿Andaba á caza de alguna aventura?

Quién sabe! porque suceden cosas tan raras en el mundo, que bien pudiera un hombre apesar de ser filósofo y de llamarse Ignacio, sentirse tentado por el diablo una vez en su vida.

Lo cierto es que Ignacio con afán siempre en creciendo, pasaba revista á todas las mujeres que se agitaban en la vasta platea, cual si buscase á alguna ingrata á quien tal vez adoraba ¡ay! sin esperanza, y lo que es peor, sin fuerza para declararle sus sentimientos.

De pronto una oleada de gente apartó los grupos que ante sí tenía Ignacio, y le trajo otros nuevos á la vista, y en este momento, ¡santo Dios! perdió el filósofo su impasibilidad de estatua, y con una audacia de que parecía incapaz, avanzó por entre un apiñado corro, pisando piés, desgarrando faldas y descomponiendo tocados, y encarándose con una máscara que iba vestida de papagayo, cojióla nerviosamente del brazo, diciéndola con sordo acento estas misteriosas palabras:

—Pero, D.^a Bruna de los diablos, quiere V. hacer el favor de decirme dónde ha puesto mi gorro de dormir!

El misterio quedaba deshecho. D.^a Bruna, pupílera de D. Ignacio, había querido ir al baile con otras amigas á correr un bromazo propio de su condición de viuda, y como á última hora no tuviese bastante rellena aquella parte del traje que figuraba la cola del papagayo, necesitó echar mano de todos los trapos de la casa, y entre estos ¡oh profanación! incluyó el gorro de dormir del filósofo.

D.^a Bruna envolvió á este en una mirada fulminante y entró en un palco.

Al cabo de un rato salió, y sin decir palabra, con aire de reina ofendida arrojó el gorro al rostro de nuestro hombre.

D. Ignacio escapó con el chisme en la mano, perseguido por un infernal trompeteo de carcajadas.

FABIAN SOTERAS.

El último día de la libertad

(Continuación)

CASIO.—(Con grande lamento).—¡Ay de mí Vil y miserable yo, que por conservar la sombra de una vida que detesto he entregado á la muerte al mejor de mis amigos. Ticinio, Ticinio; por mucho que se apresure Antonio en degollarte, te alcanzaré en la barca de Caron.

LOS CAPITANES.—¿Dónde vas, Casio?

CASIO.—¿Dónde voy? Mirad. Allá bajo Bruto derrotado, Ticinio preso, la libertad esclava, la tiranía triunfante, Roma abandonada: ¿dónde puede ir, sino á rescatarme de tanto dolor, y tanta afrenta?

LUCILIO.—Casio, por Júpiter no te entregues á la desesperación. Modérate y huye.

CASIO.—Eso quiero: huir. Mirad este puñal: está manchado con sangre de Cesar. Con él no hay que temer á los tiranos: los hombres libres sólo tienen una manera de huir, esta: (Se hiere en el corazón, y cae).

(Los capitanes y soldados rodean á Casio, lanzando grandes exclamaciones de dolor. Unos le besan las manos, otros se rasgan los vestidos, y otros rompen las armas en señal de desesperación. A escape llega un jinete á lo alto de la colina).

MENEAS.—(Viendo al recién llegado).—¡Ticinio!

TICINIO.—(Descabalgando).—Traigo felices nuevas, compañeros. ¿Dónde está Casio?

LUCILIO.—Mirale.

CASIO.—(Con voz débil).—¡Ticinio! ¿Te escapaste?

TICINIO.—¡Por Pluto! ¿Quién te ha herido?

LUCILIO.—Su dolor al ver que caías prisionero de Antonio, cuando en la llanura bajaste de caballo.

TICINIO.—(Con furor).—Maldito yo que he dado ocasión á la muerte de mi mejor amigo. Ea, Casio; mi buen Casio; cobra ánimo. No está perdida la causa de la libertad, ni yo caí en poder de los enemigos. Aquellas tropas que desde aquí veías, eran escuadrones de Bruto vencedor de Octaviano, de Bruto que al verme se estremeció de alegría, y al saber nuevas de tí me echó los brazos al cuello con indecible amor. Estos eran los enemigos que me aprisionaban. Casio, Casio: ¿no me oyes?

CASIO.—(Cada vez con voz más débil).—¿Y Bruto, dónde está?

(Numeroso pelotón de caballos llega á la meseta. Bruto ensangrentado y sudoroso se adelanta).

BRUTO.—¡Casio, Casio! Reune tus tropas; hagamos el último esfuerzo, y la libertad triunfa.

CASIO.—¡Bruto! Los dioses no lo quieren.

BRUTO.—¿Qué? ¿Casio herido? ¿Casio moribundo? ¿Qué mano cometió el crimen? ¡Eh, no puede ser! ¡No hay tanta maldad en la tierra, ni tanta inclemencia en el cielo! ¡Decidme qué estoy soñando! Casio, levántate.

CASIO.—(Mirando á Bruto con ternura).—De la tierra esclava, sí. ¡Bruto, ya soy libre! (Muere).

TICINIO.—(Clavándose el puñal en la garganta).—Ticinio te acompaña. (Cae sobre el cuerpo de Casio).

BRUTO.—(Golpeándose el pecho con horrible dolor, y lanzando fuertes sollozos). ¡Casio muerto! ¡Casio muerto! ¡Y aun alumbra el sol en el espacio! ¡Y aun la tierra no se parte de dolor! ¿Qué es esto? Nadie viene para de-

cirme que los Dioses han dejado sus pedestales; que la tribuna de los Rostros arde; que en las sillas del Senado se recuestan las fieras del desierto, que en el Aventino y el Quirinal se han abierto los gargueros del Averno!

¡Casio murió! ¡Murió el último Romano! ¡Ya no hay Roma! ¡Ya no hay Roma! Allí donde relampagueaba la libertad, se extienden las sombras de la esclavitud. ¡Murió Casio, y con él la gloria y la virtud republicanas! ¡Todos quedamos infamados!

LUCILIO.—Bruto, es preciso vengarnos. Armas nos quedan y aliento. Bajemos al llano.

TODOS.—(Con grande gritería).— ¡Sí, sí, al llano! ¡A la batalla!

BRUTO.—A la batalla, sí; pero no ahora. El dolor nos ciega, y nos perdería. Enjuguemos antes nuestras lágrimas; que despejados los ojos de la nube que los ciega, veremos por donde debemos atacar para que los golpes resulten mortales.

LUCILIO.—Nuestras espadas siempre van al corazón. No temas.

BRUTO.—Por vosotros y por mí, nó. Por la venganza que ansío, y por la libertad que adoro, por eso temo.

MENEAS.—Dilatar la batalla, es dilatar la venganza y la vida de los tiranos.

TODOS.— ¡Sí, sí, venganza y libertad!

BRUTO.—Pues sea. Recoged en el corazón toda la rabia que os amarga, y pelemos. Lucilio, Meneas, Estraton, Drusilo, á caballo todos. Soldados, caed como una tromba sobre esa manada de esclavos. Y heridlos sin piedad, que no herireis ningún romano. Y vosotros, ¡oh, Dioses, probad que la virtud no merece vuestros rigores.

(Suben todos á caballo, y dispuestos en orden de batalla corren á pelear contra el ejército de los triunviros).

(Se continuará)

MISCELANEA

--Diga V., señor maestro, ¿qué viene á ser eso que llaman obra póstuma?

--Se llama así aquella obra que escribe el autor después de muerto.

En un exámen de Geografía:

--Diga V. donde está el Chimborazo?

--En el mismo sitio.

En otro exámen:

Profesor.—Voy á hacerle á V. solamente una pregunta. Si la contesta acertadamente queda aprobado.

Discípulo.—Pregunte V.

Profesor.—¿Cuántos habitantes hay en el globo terráqueo.

Discípulo.—(Contestando precipitadamente y á media voz). Pues seiscientos treinta y nueve millones cuatrocientos veinte y cinco mil quinientos cincuenta y siete.

Profesor.—A ver á ver; despacio. ¿Cuántos ha dicho usted.

Discípulo.—V. perdone. Eso serían ya dos preguntas, y hemos convenido que sólo debía responder una. Con que, aprobado, eh?

Profesor.—Pues aprobado.

En el despacho de un Ministro.

Ministro.—¿Quien es V.

El Pretendiente.—Señor, Simón Boquerano el que tuvo la honra de acompañar á V. E. en la emigración, y luego el que trabajó para que saliese V. E. diputado.

Ministro.—¡V! ¿Y que desea V?

Pretendiente.—Señor... tengo cuatro hijos, y hace dos meses que me han dejado cesante.

Ministro.—¡Hombre! es una desgracia irreparable.

Pretendiente.—Y si V. E. quisiera remediar...

Ministro.—Es una desgracia irreparable. Ya se lo he dicho á V. irreparable.

Se confesaba un labriego de que había hurtado un poco de trigo á su vecino.

—¿Fué el hurto de mucha consideración?—preguntó el confesor.

—Así, así, padre.

—Bien, pero dime poco más ó ménos, ¿serían cuatro celemines?

—No recuerdo.

—¿Ocho?

—Cuenta Vd. diez, padre, porque si faltó algo, luego irán mis hijos á por lo que falta.

—¡Oye, Juanital

—¿Qué se le ofrece á Vd., señorito?

—Esta noche he soñado que me encontraba en tu cama.

—Mire Vd. qué casualidad, yo también he soñado en Vd....

—¿También hija mia? ¿qué has soñado?

—Que Vd. entraba en mi cuarto y que yo le rompía el bautismo.

AVISO IMPORTANTE

Quedan reimpresos los números agotados. Nuestros favorecedores á quienes falte algún ejemplar ó deseen la total colección, pueden dirigirse á nuestros corresponsales ó directamente á esta Administración, acompañando el importe en sellos á razón de 15 céntimos por cada número atrasado, que serán servidos á vuelta de correo.

La colección de 21 números tiene un total aproximado de 250 láminas y 100 columnas de texto.

NUESTRAS LÁMINAS

COGIENDO FLORES

¿Por qué razón las mujeres buscan con tanto afán las flores? Pues por nada más que por ley de simpatía que fuerza á que se deseen y busquen dos seres afines. Se ha dicho que las mujeres son flores con alma, y se ha dicho que las flores son el alma de las mujeres. Algo de verdad hay en cada una de estas definiciones, porque la mujer es hermosa como las flores, como ellas es delicada y tierna, como ellas goza de efímera juventud, como ellas embalsama los espacios de la vida, y es recreo de los sentidos y alegría del corazón; y al propio tiempo les flores comunican á la mujer fuerza de atracción, lozanía y cierto prestigioso magnetismo, de modo que una mujer desamorado de toda flor parece como que le falta algo que complete su ser y le infunda vida, y le inspire ideas, y le preste gracia, en una palabra parece que le falta alma.—Nuestra lámina es una verdadera obra de arte, cuya parte artística no deja nada que desear como todo lo que produce el correcto pincel del señor Martí, profesor de la Real Academia Española de Bellas artes.

MAJAS Y MAJOS

Desde que Goya dejó el pincel, y D. Ramón de la Cruz la pluma, murió en el mundo del arte la castiza raza de las majas y los majos, gente templada, bravacona, saladisima, y decidora que poseía el secreto de escandalizar con una mirada, de apuñalar con un suspiro, y de decir con un gesto más desvergüenzas ó más ternezas que cualquier desfogado jayán, ó cualquier enamorado Marcías. Con la basquina y el rebocillo, la capa y el sombrero de picos, desapareció aquella buena cepa de nuestra gente del bronce... sin consecuencias. Porque aun que el majo baladronase mucho de comerse el cielo con sus estrellitas y todo, la mayor parte de sus prometidas proezas se quedaban en intento: que el majo sólo vivía de pasear, rumbosear, echar suspiros por las esquinas y tacos en las plazuelas, y cubrir de flores á la primera moza de garbo que pasase por su lado; así como la maja vivía del aire de estos suspiros, se recreaba en el son de estos tacos, y se envanecía con el perfume de estas flores.—Nuestra lámina recuerda aquellos tiempos y es debida al pintor fecundo y popular señor Belli.

EL BAILE

Véase el artículo «Una aventura en un baile»

Tip DELCLÓS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.



En el baile
Ayuntamiento de Madrid